

/ Javier Pérez Escohotado / «La lengua o la vida» parece más un asalto armado que una disyuntiva, y hubiera sido mejor titular, con más corrección política, «la lengua y la vida», con ese elemento ilativo que, además, puede encubrir sutiles proposiciones subordinadas. Leyendo estos días sobre los procesos de aculturación, me he tropezado en la mesa de las librerías con dos libros que he decidido que tengan relación: el ya clásico, reeditado hace poco, *Léxico familiar* de Natalia Ginzburg, y el más reciente, *Tela de sevoya*, de Myriam Moscona, dos obras escritas por dos mujeres, dos modos distintos de reivindicar la lengua de la infancia; ambos relacionados, además, con la cuestión del género.

El lugar de nacimiento —el concepto de «nación» deriva de ahí— es, para muchos, un accidente. Dicho así, accidente puede significar eventualidad, suceso o algo que pudiera acabar convirtiéndose en un siniestro, parcial o total, del que no siempre se hacen cargo las compañías de seguros; o sea, una desgracia. «La patria es la lengua», en esa fórmula nominal pura, se ha convertido en un cómodo tópic, que encubre sentimientos muy enraizados en las personas, y eso es algo que siempre hay que tener en cuenta, tanto en el caso de los judíos expulsados de España en 1492 como en el de los desplazamientos y exilios de todos los colectivos que, a lo largo de la historia, por razones de la guerra, la religión, la raza, la ideología o el hambre, han tenido que emigrar de un lugar a otro y a veces morir en el intento.

El poeta argentino Juan Gelman, después de vivir acogido trece años en México, afirmaba:

“Nací en Argentina a la lengua de mi infancia. Rodé por muchos países y me establecí en México por deseo. Todos pertenecemos al mundo y si una patria tengo es la lengua. La lengua tiene muchas patrias: la infancia, la familia... todo lo que va haciendo al individuo. Para un poeta y escritor es lo único que puede habitar. Después, aunque le manden al exilio y al infierno, no importa».

En cambio, Herta Muller, Nobel de Literatura de 2009, decía justamente lo contrario: «La lengua no es una patria». Muller nació en Rumanía, pero dentro de una minoría alemana, y siempre ha mantenido que escribe en alemán, pero piensa en rumano. Elias Canetti es otro ejemplo de que la patria no es la lengua. El primer tomo de sus memorias, *La lengua absuelta*,⁽¹⁾ resulta ser un auténtico tratado sobre el tema, y siendo unas memorias de su infancia, pueden ser leídas como una indirecta reflexión sobre la lengua y la patria, en este caso, la falta de patria. De niño, dice, descubrió que, gracias

LA LENGUA O LA VIDA: del *Léxico familiar* a *Tela de sevoya*

a conocer muchas lenguas, «uno podía llegar a salvar la propia vida o la de otros». ⁽²⁾ Y añade:

“Nací, bajo la influencia materna, a la lengua alemana; y fue precisamente por el espasmo de este nacimiento que surgió en mí la pasión que me ha unido a ambas, a la lengua alemana y a mi madre [...], que tenía una profunda necesidad de hablar alemán conmigo, pues era el idioma de su intimidad». ⁽³⁾

En un difundido ensayo,⁽⁴⁾ Tomás Albaladejo sostiene que, en Canetti, la lengua es «una elección», decidida por el propio autor cuando muere su padre, y se propone suplantarla en el amor a su madre y en la intimidad con ella. Según él, «la lengua alemana es para Canetti su *Heimatland*, su patria, su tierra casa, su tierra residencia»; sin embargo, el judeoespañol, el ladino, fue su lengua materna, la lengua de su familia y de la infancia, que puntualmente recrea en sus memorias. Este dato permite relacionar *Tela de sevoya* con la obra de Canetti, pues, de manera cómplice, Myriam Moscona evoca los recuerdos de infancia de Canetti para apuntalar su propio pasado o para alcanzar un lugar literario de referencia, pues se trata de una reconstrucción novelesca o, mejor, un libro que debe ser leído como una novela en la que se van desprendiendo finas capas de memoria y discurso hasta desnudar el corazón de la cebo-

lla. ¿Tiene la cebolla corazón o solo se forma a base de sucesivas capas?

Imre Kertész (Budapest, 1929), el premio Nobel húngaro, a los 15 años fue deportado a Auschwitz y después a Buchenwald (*Sin destino*). Logró salir vivo, pero su obra y su vida quedaron determinadas por esa experiencia. En *La lengua exiliada*, advierte al lector sobre esa interesada amistad entre lengua y patria: cada cual por su lado son inocuas, pero juntas y ligadas a los nacionalismos han provocado más de un desastre local y mundial. Acabada la segunda guerra, Kertész sobrevivió gracias a sus traducciones del alemán, y, aunque escribe en húngaro, fueron los editores alemanes quienes publicaron y difundieron su obra. «Me he

incluso mucho más que a una cultura o a una literatura, como quería Jorge Semprún, aunque es cierto que siempre una cultura concreta va adherida a la lengua, a todas las lenguas. En esta aproximación aforística al problemático parentesco entre patria y lengua, no se puede evitar el recuerdo de uno de los fundadores de la Biblioteca de Autores Españoles, Bonaventura Carles Aribau, que aporta una *dangerouse liaison* en su «Oda a la Pàtria». Este poema, escrito en catalán, se considera el manifiesto del movimiento cultural de la Renaixença. Aribau aplica una última vuelta de tuerca a esta relación entre lengua y patria al evocar su *llengua llesmosina*, como él la llama, para felicitar al patrón que lo tiene contratado: el marqués Gaspar de Remisa i Miarons. Patria y patrón. Probablemente de esta identificación surge el drama que, desde hace bastantes años, están padeciendo quienes, por citar solo un ejemplo local, sin ser catalanes, inmigrantes todos, viven y trabajan en Cataluña, inmersos desde hace muchos años en un proceso de aculturación encubierto, programado, progresivo, persistente y severo: Patria y patrón. ⁽⁷⁾ Ambos términos provienen del latín *pater*, pero yo quiero hablar de la lengua rescatada por dos mujeres, Natalia Ginzburg y Myriam Moscona, en dos de sus obras, dos proyectos no de integración, sino de salvación: la lengua o la vida.

Natalia Ginzburg (1916-1991) es una escritora imprescindible no solo por haber escrito *Léxico familiar* o *Las pequeñas virtudes*, sino por su aportación al pensamiento «nini», o sea, ni efímero ni débil. *Léxico familiar* es, en apariencia, un libro de memorias, traducido al castellano por Mercedes Corral y publicado, en mayo de 1989, por la Editorial Trieste, en los talleres de Prudencio Ibáñez [↗]



Natalia Ginzburg

convertido en escritor en Alemania», afirma en una de sus conferencias; en cambio, como escritor relacionado con el Holocausto, se considera a sí mismo «un exiliado intelectual que siempre solicita asilo a lenguas extranjeras». ⁽⁵⁾ De su compatriota Sándor Márai rescata aquella contundente frase:

“El comunismo es una tragedia, pero el verdadero enemigo es siempre la derecha hipócrita, codiciosa, vestida con el traje folclórico nacional». ⁽⁶⁾

Sea como fuere, lo cierto es que uno nace no tanto en un lugar como en una lengua; mejor, nace a una lengua,

⁽¹⁾ Otros han traducido por *La lengua salvada*; por ejemplo, G. Dieterich en la obra completa de Canetti que supervisó Juan José del Solar, traductor albacea de su obra en castellano. También puede ser una traducción legítima *La lengua rescatada*, que permite aproximarnos a la obra de Myriam Moscona. Salvada o rescatada: he ahí la cuestión.

⁽²⁾ Cito por *La lengua absuelta*, Barcelona: Muchnik, 1981, p. 42.

⁽³⁾ *Ibidem*, pp. 99 y 95.

⁽⁴⁾ T. Albaladejo: «Elias Canetti: vivir en la lengua», *Tonos: Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, núm. 10 (noviembre, 2005).

⁽⁵⁾ Imre Kertész: *La lengua exiliada*, Madrid: Taurus, 2007, pp. 104-105.

⁽⁶⁾ Citado así por Kertész, o. cit., p. 74.

⁽⁷⁾ Llamar a esto *aculturación* puede resultar un eufemismo; sin duda le cuadra mejor el término de *alienación*.

[📄] Campos, en un papel verjurado que todavía aporta al tacto lo que ninguna edición digital puede alcanzar, a pesar de su «tinta» electrónica; huele incluso, al cabo de los años: papel verjurado, cosido a mano. Su más reciente edición, con un prólogo breve, parece que prometiera un descubrimiento, pero el libro de la Ginzburg ya poseía la superioridad moral que concede el haber sido una víctima que ha sobrevivido al fascismo y al nazismo en Italia, y nos deja, con la entereza y la naturalidad de los afortunados, de los supervivientes que no se dan más importancia, una obra que ella califica de novela, pero que es un testimonio verbal sobre el modo de salvarse y regresar a una época por medio de las palabras: la lengua y la vida.

En *Léxico familiar*, Natalia Ginzburg recupera los recuerdos de su Palermo natal y, después, de Turín —y de otros lugares de residencia y confinamiento— para reconstruir su infancia y su primera madurez, recorriendo a frases dichas, a expresiones de su padre o de su madre —también del poeta Pavese y otros intelectuales satélite de la editorial Einaudi—, que la autora rescata para elaborar no solo ajustados personajes novelescos —como los de sus padres—, sino para reconstruir una época trágica, que costó millones de muertos, incinerados, deportados, exiliados: la irresistible ascensión del fascismo y la segunda guerra mundial.

A partir de una frase textual de su padre —por ejemplo, «Sois unos palurdos», «Os aburrís porque no tenéis vida interior»—, se rescata, como digo, un clima cultural y moral que funciona solo hilvanado con palabras. Sin embargo, la Ginzburg no renuncia a la Historia; de hecho, por su libro circulan muchos de los dirigentes primeros del socialismo o el comunismo italiano (Turati, Pajetta, Roselli, Nenni, Togliatti, Gramsci), y otros menos conocidos: esos que editan y reparten pasquines clandestinos, y van también a la comisaría, a la tortura y al exilio. *Léxico familiar* convierte la Historia en intrahistoria; tal vez, mejor, debería decir *microhistoria*, para poner el término *intrahistoria* en relación con la variedad de interpretación de la Historia que abrió su hijo Carlo Ginzburg.⁽⁸⁾ «De raza le viene al galgo»,

se podría decir, usando una expresión también del léxico común. Ahora que lo pienso, el origen de esa corriente de la microhistoria bien pudo brotar a partir de un modo de ver y encarar la historia y la vida cotidiana que este brillante historiador —hijo de Leone Ginzburg y Natalia, de soltera, Levi—intuyó y aprendió en su propia casa y en su entorno: del indicio, la huella y el fragmento, al todo histórico.

Al igual que esta familia, tal vez los judíos europeos sean, visto lo visto, más europeos que nadie, los primeros europeos. No aquellos que han querido encerrarse en su original lugar desde 1948. Los judíos europeos son el humus de Europa. ¿Qué otro territorio necesitan ocupar? La Ginzburg escribe *Léxico familiar* para salvar su propia historia —que es también

Sea como fuere, lo cierto es que uno nace no tanto en un lugar como en una lengua; mejor, nace a una lengua, incluso mucho más que a una cultura o a una literatura

una historia colectiva— a través de las frases, los dichos, las palabras que quedaron fijadas en su recuerdo, pero que reproducen también una situación, un modo de enfocar la vida, una cultura, un modo de ser y estar, de comprometerse. *Léxico familiar* es también una obra valiosa como modelo de renovación del género memorialístico, aunque, según declaración de la autora, «debe leerse como se lee una novela».⁽⁹⁾ Y aquí tenemos, de nuevo, un asunto de género, de género literario. También *Tela de sevoya* plantea un problema similar: dos mujeres y un destino.

Tela de sevoya proviene de un refrán de los judíos sefardíes: «El meoyo del ombre es tela de sevoya», es decir, el juicio de los hombres es tela de cebolla.⁽¹⁰⁾ Myriam Moscona sostiene también que su obra debe leerse como una novela; sin embargo, el libro surge de un deliberado y auténtico viaje a Bulgaria que la autora emprende en el 2006 por «la necesidad de inventarles [a sus padres y abuelos] biografías, porque los perdía de vista»; este propósito inicial y motor narrativo se remata en el capítulo final en una

conversación con su abuela muerta: «Por eso vine aquí. Porque me dijeron que podría inventar sus biografías». Estamos, por tanto y en principio, hablando de biografías «inventadas», por lo que podemos considerar que los datos reales están al servicio de otra cosa, en este caso, de la recuperación del judeoespañol, también llamado *ladino*, para entendernos. Esta es precisamente una clave para leer la obra: el rescate del judeoespañol, ya se sabe, la



verosimilitud que implica todo pacto literario. Las abuelas de Moscona hablan ladino, pero sus padres, el búlgaro, lengua que usan «para decirse secretos y dejarnos fuera de la conversación». En casa de los Canetti, se habla ladino; el búlgaro corresponde al entorno y el alemán lo hablan sus padres, que habían vivido en la gran Viena, aunque también era un modo de mantener entre ellos cierta intimidad y distancia respecto a los demás. Comparten, pues, el ladino como lengua potaje, como lengua aglutinante y familiar. El padre de Elias Canetti muere en Manchester en 1912 cuando el escritor solo tenía 7 años. El padre de Moscona muere en 1963, cuando ella tiene 8 años. La salvación, la supervivencia queda bajo la tutela de los abuelos y abuelas, y de las madres: Lydia Yosifova o Moscona, cantante de ópera, y Mathilde Arditti, viuda de Jacques Elias Canetti. Mathilde Arditti se llama también la mujer de un tío materno de Myriam Moscona, Emilio o Milcho, que llegó a México en 1959. Incluso, coincidiendo con la concesión del

⁽⁸⁾ Carlo Ginzburg, hijo mayor de Natalia Ginzburg, es el historiador al que se le atribuye el haber sido el que inició la microhistoria, corriente y método de investigación e interpretación de la historia, a partir de su obra *El queso y los gusanos* (1976).

⁽⁹⁾ N. Ginzburg (1963): *Léxico familiar*, trad. de M. Corral, Madrid: Trieste, 1989. Reeditado en 2007, con un prólogo de Flavia Company, por Lumen.

⁽¹⁰⁾ El correspondiente dicterio sefardí para la mujer: «El meoyo de la mujer es poco, el que lo toma es loco», y va contra aquellos que actúan siguiendo el criterio exclusivo de sus mujeres. Se suele encontrar escrito *meolyo* o *meoyo*, con el significado de 'seso, juicio, cerebro'.

⁽¹¹⁾ Primo de Rivera, por Decreto del Directorio Militar de 20/12/1924, ya concedió la posibilidad de lograr por carta de naturaleza la nacionalidad española a los descendientes de los expulsados en 1492. Sin duda tuvo que ayudar la obra de Ángel Pulido Fernández y su incasable acción a favor de los sefarditas.

⁽¹²⁾ Myriam Moscona, por medio de esta obra, rescata para los españoles aquella lengua que ha resistido a todas las desgracias, incluso a la peor: el olvido. Milagrosamente ha sobrevivido hasta hoy, aunque esté tocada de muerte, y por eso el rescate de *Tela de sevoya* tiene más mérito. México también, ahora aproximadamente setenta y cinco años, salvó de la muerte a muchos exiliados españoles de la guerra civil: el barco *Sinaia*, entre otros, con 1599 exiliados, atracó en el puerto de Veracruz el 13 de junio de 1939. Doble favor desde México, doble gratitud.



¿Quiere recibir la edición en papel de *El Cuaderno* en su domicilio?

Si desea recibir en su domicilio por correo postal la edición impresa de *El Cuaderno*, puede suscribirse (12 números) por 30€, solicitándolo a pedidos@treas.es

premio Nobel a Elias Canetti (1981), se recrea la confianza de que este mismo tío pudo compartir pupitre con el escritor en el lejano Rustschuk, lugar de asentamiento de los Canetti y de los Moscona-Yosifova.

El libro está amasado mezclando seis registros o, mejor, seis puntos de vista y modelos textuales que la autora denomina «Distancia de foco», «Molinos de viento», «Diario de viaje», «Pisapapeles», «La cuarta pared» y «Kantikas»; todos ellos se van entretrejiendo sin aparente orden ni concierto, pero conducen a un final en el que la protagonista habla directamente con sus padres y su abuela, muertos, en una intensa sucesión de «Molinos de viento». Por tanto, es novela o narración en la medida en que tiene final, abierto, pero final: una conversación con sus ancestros muertos. Por su estructura, se trata de una

Si algo comparten los recuerdos de Canetti con estos dos libros es el silencio denso, *preto*, que se respira por detrás de la narración de estas obras, tres formas de recuperar la memoria

novela mosaico o puzle, *patchwork*, que recuerda esa envidiable facultad para elaborar, con las sobras, una sabrosa y resuelta comida; con restos de ropa, una colcha; esa capacidad para, mientras se habla, urdir un encaje, un mantel, y seguir contando, cantando, recreando, recordando: la lengua y la vida. Tal vez solo este modo de estar en el mundo pueda resucitar la novela de su repetida y anunciada muerte.

Para lo más autobiográfico, se utilizan los registros titulados «Distancia de foco» y «Diario de viaje», en los que Myriam Moscona se aproxima a su pasado familiar o narra el auténtico viaje —crónica, por tanto— que la escritora realizó a la búsqueda del origen de sus antepasados y de la lengua que hablaban. Los «Molinos de viento» sirven para inventar sueños y visiones, lo que la propia autora ha denominado «paisajes oníricos», una «puerta giratoria» a otra dimensión. Bajo el rótulo de «La cuarta pared», acumula registros que fecha en los primeros años del siglo XX, en los que la vida cotidiana se cuela a través de personajes que hablan en primera persona. En los «Pisapapeles» la escritora traza breves ensayos sobre el ladino y las personas e instituciones que lo han recogido o lo hablan y difunden todavía. En ocasiones, añade el elogio de algún personaje —del poeta Paul Celan, por ejemplo— por el hecho de que le recuerda a su padre. La relación con el padre y, sobre todo, el sentimiento de pérdida está muy presente a lo largo de la obra: «No recuerdo qué más me dejó mi padre al llevarse mi niñez». Pero, en la conver-



José Manuel Broto › *Mapas 18*, 2014, acrílico sobre tela, 150 × 150 cm
 ▶ *Mapas* › Gema Llamazares (Gijón) › Hasta el 5 de diciembre

sación que recrea al final de la obra, su padre muerto le conmina desde el más allá: «Estamos bien, no dejes morir las palabras, tráelas contigo al río». En otros «Pisapapeles», trata sobre el Edicto de Expulsión, recoge alguna receta de la cocina sefardí o elabora una emotiva disquisición sobre la famosa llave de la casa en Toledo que todavía guardan algunos descendientes de los sefardíes: «Esa yave será para tus ijos, pasharika». ⁽¹³⁾ «Kantikas» son cinco textos breves, que irrumpen puntualmente a modo de cancioncilla recordada o rescatada, y son también los textos más enigmáticos, a medio camino entre la canción y la anécdota.

Pero además del rescate directo y textual del ladino, que obliga al lector a enfrentarse a la ensimismada música de esta lengua, *Tela de sevoya* aporta otra dimensión: la poesía. En realidad, Myriam Moscona, aunque es periodista de profesión, es una reconocida poeta. En esta onda lírica que resuena a lo largo del libro, reproduce algunas canciones muy conocidas,

conservadas en los cancioneros sefarditas, por ejemplo, *Ija miya, mi kerida* o *Had Gadiá*, que se entona la noche de la Pascua judía, y que los sefarditas adaptaron con el título de *El cabretico*. Incluye también una canción de despedida y desamor, que posee una música y letra, las más desgarradoras que uno haya escuchado: *Adio, Kerida* («Adiós, querida»). ⁽¹⁴⁾

Tu madre kuando te parió
 i te kitó al mundo
 korason ella no te dio
 para amar segundo.
 Adio, adio, kerida,
 no kero la vida
 me l'amargaste tu.
 Va vushkate otro amor
 aharva otras puertas,
 aspera otra pasión
 ke para mí sos muerta.
 Adio, adio, kerida...

Pero si algo comparten los recuerdos de Canetti con estos dos libros es el silencio denso, *preto*, que se respira

por detrás de la narración de estas obras, tres formas de recuperar la memoria. Myriam Moscona evita narrar en primer plano la historia del Holocausto y la errancia judía, para centrarse en el rescate del ladino —«una lengua sin patria», en frase de Eliezer Papo—, para insistir en el milagro que supone la supervivencia de esa lengua y la cultura adherida a ella, recordando, de paso, que muchos de sus hablantes, y otros, murieron en los hornos del nazismo. ■

⁽¹³⁾ Estos «Pisapapeles» recuerdan las digresiones de la novela de Martín Santos *Tiempo de silencio*, esa novela que ya nadie lee después de que la Selectividad se haya convertido en un regalo para la fiesta de la mayoría de edad de nuestros alumnos.

⁽¹⁴⁾ Yasmin Levi ha popularizado una versión igualmente desgarradora —regalo de Silvia Komet— y Anna Ricci la había divulgado entre nosotros en una versión «operística».